



LESLIE BETHELL, ED.

HISTORIA DE AMÉRICA LATINA

UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE

7. América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930

EDITORIAL CRÍTICA, BARCELONA, 1991

CAPÍTULO 4

SÁNCHEZ ALBORNOZ, NICOLÁS

LA POBLACIÓN DE LA AMÉRICA LATINA, 1850-1930

Selección de textos para uso exclusivo en la formación docente.
Se recomienda la consulta del original y la totalidad del mismo,
para respetar la producción de los autores.

INDICE

Prefacio, por LESLIE BETHELL	VII	Capítulo 6. <i>Economías y sociedades de plantaciones en el Caribe español, 1860-1930</i> , por MANUEL MORENO FRAGINALS	163
Capítulo 1. <i>América Latina y la economía internacional, 1870-1914</i> , por WILLIAM GLADE	1	Visión general	163
Introducción	1	El crecimiento de la producción de azúcar, c. 1860-c. 1900	174
Los mercados de exportación	9	El crecimiento de la producción de azúcar, c. 1900-1930	183
Los mercados nacionales	18	El azúcar y la mano de obra	189
El carácter y las funciones de los nuevos mercados de productos	20	Conclusión	199
Los mercados de factores	23	Capítulo 7. <i>El crecimiento de las ciudades latinoamericanas, 1870-1930</i> , por JAMES R. SCOBIE	202
Conclusión: la evolución del capitalismo en América Latina	41	Introducción	202
Capítulo 2. <i>América Latina y la economía internacional desde la primera guerra mundial hasta la depresión mundial</i> , por ROSEMARY THORP	50	La población urbana y el tamaño de las ciudades	206
Cambios en la economía mundial	51	La función económica: comercio, burocracia e industria	215
Los efectos en América Latina	56	Cambios físicos: plaza y suburbio	222
Conclusión	71	Las consecuencias políticas de la urbanización	226
Capítulo 3. <i>América Latina, los Estados Unidos y las potencias europeas, 1830-1930</i> , por ROBERT FREEMAN SMITH	73	Conclusión	229
Rivalidades angloamericanas después de la independencia	73	Capítulo 8. <i>La industria en América Latina antes de 1930</i> , por COLIN M. LEWIS	231
Los Estados Unidos y América Latina a finales del siglo xix	77	Introducción	231
Europa, los Estados Unidos y América Latina antes de la primera guerra mundial	86	Cronología del cambio industrial	233
Los Estados Unidos y América Latina, 1913-1921	93	Industrialización inducida por las exportaciones y perturbaciones externas	245
Los Estados Unidos y América Latina en el decenio de 1920	98	Crisis, guerra e industria	250
Capítulo 4. <i>La población de América Latina, 1850-1930</i> , por NICOLÁS SÁNCHEZ-ALBORNOZ	106	La búsqueda de una política conveniente	257
Tendencias generales	106	La comunidad industrial y la oligarquía dominante	269
La inmigración	110	¿Industria o industrialización?	276
La mortalidad	122	Capítulo 9. <i>La clase trabajadora urbana y los primeros movimientos obreros de América Latina, 1880-1930</i> , por MICHAEL M. HALL y HO-BART A. SPALDING, JR.	281
La fecundidad	125	La economía, la burguesía y el Estado	281
La migración interna	127	La composición y la condición de la clase trabajadora	287
Conclusión	132	El movimiento obrero antes de la primera guerra mundial	292
Capítulo 5. <i>La Hispanoamérica rural, 1870-1930</i> , por ARNOLD BAUER	133	México y los orígenes del sindicalismo controlado por el Estado	303
Introducción	133	La agitación laboral en la posguerra, 1917-1920	307
La Hispanoamérica rural, c. 1870	136	Los movimientos obreros en el decenio de 1920 y la aparición de partidos comunistas	310
La estructura de clases agraria y el crecimiento económico después de 1870	140	Conclusión	315
El moderno sector del enclave	155	Ensayos bibliográficos	316
La periferia	159	Índice alfabético	349
Conclusión	161	Índice de mapas	357
		Índice de cuadros	358

LESLIE BETHELL, ED.
HISTORIA DE AMÉRICA LATINA
UNIVERSIDAD DE CAMBRIDGE

Tomo 7. América Latina: economía y sociedad, c. 1870-1930

EDITORIAL CRÍTICA, BARCELONA, 1991

CAPÍTULO 4

SÁNCHEZ ALBORNOZ, NICOLÁS

LA POBLACIÓN DE LA AMÉRICA LATINA, 1850-1930

Tendencias generales

Desde la independencia hasta mediados del siglo XIX -período, en general, de estancamiento económico o, a lo sumo, de crecimiento modesto-, la población de América Latina en su conjunto creció a razón de alrededor del 1 por 100 anual. Este porcentaje concordaba con la tasa de crecimiento de los países europeos más avanzados, pero era inferior a la norteamericana. También era inferior a la que se registraba en las postrimerías del período colonial y que se había esperado que continuara, o incluso que se acelerase, después de la independencia. En Mesoamérica y los Andes, donde preponderaba la agricultura de subsistencia y donde la población era predominantemente india, el crecimiento demográfico era lento y se veía obstaculizado por condiciones que sólo pueden calificarse de malthusianas. Por ejemplo, a partir de 1825, la población de los estados centrales de México creció a razón de unas tasas compuestas que variaban entre el 0,4 y el 1 por 100 anuales; los estados de Veracruz y Chiapas experimentaron tasas de crecimiento demográfico un poco más altas; la población del noroeste y de Yucatán disminuyó en cambio de manera constante hasta el decenio de 1870.¹ Por otra parte, en las regiones de América Latina que se prestaban al cultivo de materias primas demandadas por los países europeos en vías de industrialización hubo un crecimiento demográfico más dinámico. Aunque la población de las mismas era generalmente escasa, tendía a aumentar más aprisa. Por ejemplo, la expansión de la ganadería fue la causa de que se poblaran las pampas del Río de la Plata. La población rural de la provincia de Buenos Aires -excluyendo la capital- mostró una asombrosa tasa de crecimiento anual del 4,2 por 100 entre 1836 y 1855. A escala nacional, la población de Argentina aumentó a razón de un poco más del 2 por 100 anual, tasa parecida a las de Brasil y Cuba, donde la importación en gran escala de esclavos africanos continuó hasta el tercer cuarto del siglo XIX.

En contraste con ello, durante la segunda mitad del siglo XIX y los primeros decenios del XX -período que, en general, fue de crecimiento económico rápido e inducido por las exportaciones-, América Latina experimentó un crecimiento considerable de su población. El cuadro 1 da un resumen global. Por razones prácticas, sólo se indican las cifras correspondientes a tres fechas: 1850, 1900 y 1930. El cuadro incluye también las tasas de crecimiento respectivas. Ellas expresan con la mayor claridad las tendencias de la población latinoamericana. Entre 1850 y 1900, ésta se multiplicó por dos, y de un total de 30,5 millones de habitantes pasó a 61,9 millones. De 1900 a 1930, aumentó a razón de otro 68 por 100 y alcanzó los 104,1 millones. La tasa de crecimiento anual en el primer período fue del 1,4 por 100, mientras que en el segundo subió al 1,7 por 100. Este crecimiento global incluye, no obstante, diferentes pautas de ritmo y hasta tendencias opuestas.

La región que experimentó el crecimiento más dinámico fue la zona templada de América del Sur: entre 1850 y 1900, la población casi se triplicó, y en los treinta años siguientes aumentó más del doble. Dentro de esta zona, la población de Argentina primero se cuadruplicó y luego aumentó en un 250 por 100. El crecimiento de la población uruguaya fue todavía más rápido durante el primer período: se multiplicó por siete. La población de Chile experimentó un crecimiento más pausado pero regular, bastante más elevada en el

¹ Viviane Brachet, *La población de los estados mexicanos (1824-1895)*, Métrico, 1976, p. 105.

primer período que en el segundo. En cambio, la población paraguaya apenas aumentó durante la segunda mitad del siglo XIX. La guerra de la Triple Alianza, a la que siguió una severa epidemia de cólera, tuvo allí un efecto catastrófico. Se ha dicho que Paraguay perdió más de la mitad de su población, aunque tal vez sea una exageración. Dieciséis años después del fin de las hostilidades, el censo de 1886 todavía mostraba un 70 por 100 menos de hombres que de mujeres de edad comprendida entre 15 y 45 años, el grupo más afectado por la guerra. Asimismo, los niños nacidos durante la guerra, contrariamente a cualquier distribución normal de las edades, eran un 17 por 100 menos que los nacidos antes.² El crecimiento demográfico de la nación no empezó a recuperarse hasta después de principios de siglo.

La América del Sur tropical no presenta una pauta fija. Brasil siguió una trayectoria parecida a la argentina y la uruguaya, aunque la tasa de crecimiento fue más lenta. La población de Colombia creció más despacio al principio, en especial hacia finales de siglo, debido a la guerra civil y al consiguiente desorden económico. En el siglo XX, volvió a acelerarse. Perú y Ecuador experimentaron un crecimiento regular. La población boliviana y la venezolana permanecieron estancadas, más la primera que la segunda. Sin embargo, Bolivia consiguió duplicar su tasa de crecimiento en los primeros tres decenios del siglo XX, mientras que el crecimiento de Venezuela disminuyó levemente.

En el Caribe, la población de la República Dominicana, que partió de un nivel muy bajo, aumentó tres veces y media durante el primer período y dos veces y media durante el segundo. En ochenta años la población puertorriqueña se triplicó. Por el contrario, las revueltas y las guerras obstaculizaron el crecimiento demográfico en Cuba durante la segunda mitad del siglo XX. El censo de 1899 revela incluso un decrecimiento de 59.482 habitantes en relación con el censo de 1887. Después de la independencia (1898), la inmigración hizo que el número de habitantes aumentara a un ritmo bastante dinámico. La emigración, en cambio, fue la causante del crecimiento relativamente contenido de la población de Haití.

En Mesoamérica, la población creció de acuerdo con una tasa más modesta. México, el mayor de los países mesoamericanos, aumentó sin contratiempos hasta la Revolución. Entre 1910 y 1921, la población descendió en cambio de 15,1 millones a 14,3 millones, lo que representa un descenso de 825.000 habitantes. Aparte de las muertes causadas por la guerra, hubo pérdidas considerables por culpa de la epidemia de 1917 y de la emigración a los Estados Unidos. Todo ello coincidió con un descenso temporal de la tasa de natalidad. El censo norteamericano de 1920 registra la presencia de 651.000 mexicanos al norte del río Bravo. Es probable que un tercio de ellos hubiese llegado antes de la Revolución, pero el resto cruzó la frontera entre 1910 y 1920. La emigración prosiguió, la tasa de crecimiento mexicana empezó pronto a recuperarse. En América Central, el mayor período de crecimiento se sitúa en el siglo XX, al igual que en otras partes, excepto Costa Rica. Las plantaciones de plátanos costarricenses atrajeron en efecto extranjeros y asimismo nativos a la costa occidental. En nueve años (1883-1892), la población del distrito de Limón, por ejemplo, creció a razón de un 12 por 100 anual, mientras que la tasa nacional se cifraba en un 3 por 100.³ En Panamá, la construcción del canal y el incremento del tráfico marítimo, junto con las plantaciones de plátanos, atrajeron asimismo inmigrantes. A resultas de ello, la población creció con bastante rapidez.

Brasil sustituyó a México en el puesto de nación más poblada de América Latina durante este período. Sin embargo, fue Argentina la que avanzó de forma más espectacular. En 1850, la población argentina era una décima parte de la mexicana. Al cabo de ochenta años, había subido hasta alcanzar unas siete décimas partes. En 1850, Argentina tenía menos habitantes que Cuba, Perú, Venezuela, Bolivia, Chile y Colombia, pero en 1900 ya había dado alcance a todos estos países y ocupaba el tercer lugar detrás de Brasil y México.

² Domingo M. Rivarola y otros, *La población del Paraguay*, Asunción, 1974, p. 13.

³ Jeffrey Casey Gaspar, Limón: 1880-1940. *Un estudio de la industria bananera en Costa Rica*, San José, 1979, p. 215.

Cuadro 1

La población de América Latina, 1850-1930
(cifras totales en miles; tasas de crecimiento en porcentaje)

	1850	1900	1930	1850-1900	1900-1930
<i>América del Sur templada</i>					
Argentina	1.100	4.693	11.936	2,9	3,1
Chile	1.443	2.959	4.365	1,4	1,3
Uruguay	132	915	1.599	4,0	1,9
Paraguay	350	440	880	0,4	2,3
Subtotal	3.025	9.007	18.780	2,2	2,4
<i>América del Sur tropical</i>					
Brasil	7.230	17.980	33.568	1,8	2,1
Colombia	2.065	3.825	7.350	1,2	2,0
Perú	2.001	3.791	5.651	1,3	1,4
Venezuela	1.490	2.344	2.950	0,9	0,8
Ecuador	816	1.400	2.160	1,1	1,5
Bolivia	1.374	1.696	2.153	0,4	0,8
Subtotal	14.976	31.036	53.832	1,5	1,9
<i>Caribe</i>					
Cuba	1.186	1.583	3.837	0,6	3,0
Puerto Rico	495	959	1.552	1,4	1,6
República Dominicana	146	515	1.227	2,4	2,9
Haití	938	1.560	2.422	1,0	1,5
Subtotal	2.763	4.617	9.038	1,0	2,3
<i>México y América Central</i>					
México	7.662	13.607	16.589	1,0	0,8
Guatemala	850	1.300	1.771	0,9	1,0
El Salvador	366	766	1.443	1,0	2,1
Honduras	350	500	948	0,7	1,5
Nicaragua	300	478	742	0,9	1,5
Costa Rica	101	297	499	2,2	1,7
Panamá	135	263	502	1,4	2,7
Subtotal	9.764	17.211	22.494	1,1	0,9
Total	30.530	61.871	104.144	1,4	1,7

FUENTES: En general, para 1850, Radofo Barón Castro, "El desarrollo de la población hispanoamericana (1491-1950)", *J. of World History*, 5 (1959), pp. 325-343; para 1900, Carmen A. Miró, *La población de América Latina en el siglo XX*, CELADE, Santiago de Chile, 1965; para 1930, CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía), "América latina: población total por países. Año 1970", *Boletín demográfico*, 6 (1970). También, para Argentina, Zulma Recchini de Lattes, y Alfredo E. Lattes, eds., *La población de Argentina*, Instituto Nacional de Estadística y Censos, Buenos Aires, 1975; para Chile, Markos Mamalakis, *Historical statistics of Chile*, vol. II, Westport y Londres, 1980 (1850 ajustado); para Uruguay, Juan Rial, *Estadísticas históricas de Uruguay, 1850-1930*, Centro de Informaciones y Estudios del Uruguay, cuaderno n.º 4 (Montevideo, 1980); para Paraguay, 1850, estimación basada en Anneliese, Kegler de Galeano, "Alcance histórico-demográfico del censo de 1846", *Revista Paraguaya de Sociología*, 34 (1976), pp. 71-121; para Brasil, Thomas W. Merrick, y Douglas H. Graham, *Population and economic development in Brazil. 1800 to the present*, Baltimore y Londres, 1979; para Colombia, 1900, O. Andrew Collver, *Birth rates in Latin America: new estimates of historical trends and fluctuations*, Institute of International Studies, Berkeley, 1965; para Perú, 1850, Centro de Estudios de Población y Desarrollo, *Informe demográfico del Perú*, 1970, Lima, 1972; para la República Dominicana, estimaciones basadas en Frank Moya Pons, "Nuevas consideraciones sobre la historia de la población dominicana: curvas, tasas y problemas", en *Seminario sobre problemas de población en la República Dominicana*, Universidad Autónoma de Santo Domingo, Santo Domingo, 1975, pp. 37-63; para Costa Rica, 1900, Jeffrey Casey Gaspar, *Limón: 1880-1940. Un estudio de la industria bananera en Costa Rica*, San José, 1979; para Panamá, 1850, Miguel Urrutia, y Mario Arrubla, eds., *Compendio de estadísticas históricas de Colombia*, Bogotá, 1970; para el resto de América Central, 1850 y 1900, estimaciones basadas en Ciro F. S. Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Centro América y la economía occidental (1520-1930)*, San José.

Al concluir este breve repaso, cabe destacar que el crecimiento demográfico rápido iba asociado en gran medida a las exportaciones agrícolas. La zona del Río de la Plata era productora en gran escala de grano, carne, lana y cuero. Brasil y Colombia exportaban café; Costa Rica, plátanos, además de su tradicional producto principal: el café. Santo Domingo entró en el mercado hartamente competitivo del azúcar. Cuba y Puerto Rico continuaron comprometidos con el azúcar. En la costa del Pacífico, los casos de cultivo especializado de algún producto comercial eran menos y estaban limitados a zonas específicas: café en Guatemala y El Salvador, así como azúcar en el norte de Perú. Estos productos impulsaron los servicios y el crecimiento de los mercados nacionales. La minería, en cambio, no necesitaba una fuerza laboral tan grande. Estimulaba los movimientos regionales de población, pero a escala nacional no impulsaba el crecimiento. El cobre en Chile y Perú, los nitratos en Chile o, más adelante, el descubrimiento de petróleo en México y Venezuela no pueden compararse, en lo que se refiere a su efecto sobre la población, con el café en Brasil o los cereales en Argentina. Siempre que la economía crecía, esperar a que la población se ajustara por sí sola a las nuevas oportunidades hubiera demorado el desarrollo e impedido que se aprovecharan algunas de ellas. Si la mano de obra hubiera seguido siendo escasa, los salarios se habrían puesto por las nubes en unos momentos en que la economía exportadora dependía de la capacidad de vender productos a precios baratos en el mercado mundial. Así pues, empresarios, legisladores e ideólogos coincidieron en que era necesario atraer a inmigrantes.

La inmigración

Al obtener la independencia, los estados latinoamericanos levantaron, en su mayor parte, las restricciones coloniales a la entrada de extranjeros y abrieron sus puertas a los inmigrantes europeos en particular. Comerciantes y mercenarios europeos, especialmente británicos, llegaron a todos los puntos de América Latina, aunque no fueron muchos los que se quedaron. Algunos países también pusieron en marcha programas de colonización agrícola en el período posterior a la independencia. Colonos suizos y alemanes, sobre todo, se afincaron en el sur de Brasil, Perú, Nicaragua, Venezuela y, especialmente, en el sur de Chile. A partir de 1862, colonos galeses se instalaron asimismo en el curso bajo del río Chubut, en la Patagonia, donde, al igual que los alemanes en los bosques de Araucanía,

prosperaron y preservaron su lengua y su cultura. No todos los inmigrantes se establecieron en colonias. Varios miles más de europeos, empujados por la pobreza en sus propios países, encontraron empleo en América Latina: por ejemplo, canarios en Venezuela, azoreños en Brasil, vascos e irlandeses en el Río de la Plata. Las ciudades, además del campo, atrajeron a inmigrantes. Si bien sólo el 10 por 100 de los habitantes del interior de la provincia de Buenos Aires eran de origen extranjero en 1855, la población inmigrante de la capital ascendía a un 35 por 100. Los inmigrantes ejercían oficios, el comercio y las profesiones liberales, mientras que los bonaerenses de nacimiento tendían a trabajar en la administración pública o en ocupaciones no especializadas. Un caso extremo era el de Uruguay y, en particular, su capital, Montevideo. En 1843, el 63 por 100 de los habitantes de la nación había nacido en el extranjero. Aunque la proporción de extranjeros bajó hasta quedar en un 45 por 100 y un 48 por 100 en 1852 y 1860, volvió a subir hasta situarse en un 68 por 100 en 1868. Durante estos treinta años clave en el desarrollo de la nación, alrededor de la mitad de los residentes en la zona de mayor actividad económica y mayor densidad demográfica del país había nacido allende de sus fronteras. Muchos de ellos eran vascos de ambos lados de los Pirineos y, por consiguiente, de nacionalidad española o francesa.

Al terminar la trata de esclavos transatlántica en 1850-1851, y dada la baja tasa de natalidad de la población esclava, las necesidades de mano de obra de la región productora de café de Brasil, que se encontraba en expansión, hubieron de ser satisfechas en parte por la transferencia de esclavos entre provincias. Se ha calculado que, entre 1850 y 1881, alrededor de 200.000 esclavos fueron trasladados desde el norte y el noreste, donde el descenso del precio del azúcar y del algodón exigía una amplia reestructuración de la economía exportadora de productos agrícolas, y, en menor medida, desde el sur y el oeste, hasta las provincias de Río de Janeiro y São Paulo. En 1873, la población esclava de Brasil ya había sido redistribuida, de tal modo que dos tercios del número total de esclavos se encontraban situados en el centro-sur. Cuba, en cambio, donde la trata de esclavos terminó en 1865-1866, recurrió a corto plazo a mano de obra china e importaba peones, supuestamente bajo contrato, pero, en realidad, empleando la coerción y dándoles poca libertad de movimiento. Entre 1853 y 1874, llegaron a La Habana 124.000 chinos.⁴ Entre 1859 y 1874, 87.000 chinos entraron también en Perú, destinados a las plantaciones de caña de azúcar del norte y a las islas guaneras del sur. (También se importaron polinesios y hawaianos a Perú al amparo de varios planes dudosos y empleando barcos chilenos.) En 1876, casi el 2 por 100 de la población peruana era de origen chino y, en 1877, lo era el 3 por 100 de la población de Cuba. También había peones chinos trabajando en las minas de nitrato del norte de Chile, en el tendido de ferrocarriles en Colombia y, más adelante, en la construcción del canal de Panamá. No obstante, a la primera oportunidad, los chinos huían de su sujeción buscando refugio en las ciudades, donde actualmente residen la mayoría de sus descendientes.

En los decenios de 1870 y 1880, empezó la emigración masiva de europeos a América Latina. Los prejuicios con que ciertos elementos nativos recibieron a los primeros extranjeros ya se habían disipado ahora. De los primeros colonos llegaron noticias al Viejo Mundo, que atrajeron personas unidas a los primeros por lazos de sangre y de amistad. De vez en cuando el éxodo se veía reforzado por sucesos de tipo político o religioso, tales como la persecución que se desencadenó tras el aplastamiento de la Comuna de París o los pogromos en Ucrania. La causa principal de expatriación parece ser, no obstante, de índole económica. En aquel tiempo las oportunidades que América Latina ofrecía en varios campos eran excepcionales. Y las ofrecía precisamente en un momento en que la agricultura del sur y el este de Europa se encontraba en crisis, debido en parte a los alimentos baratos que le llegaban del Nuevo Mundo. El período de mayor necesidad de mano de obra en América Latina, agudizada por la abolición de la trata de esclavos, coincidió con el período en que mayor disponibilidad de la misma había en Europa. Por consiguiente, América Latina pudo competir con los Estados Unidos, que ya contaban con una larga experiencia al respecto. Al mismo tiempo, la disponibilidad de mano de obra determinaba la clase social y el origen

⁴ Juan Pérez de la Riva, "Demografía de los culíes chinos en Cuba (1853-1874)", *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, 57 (1966), pp. 3-32.

nacional de los inmigrantes, que, por supuesto, eran iguales que los de la “nueva ola” en América del Norte.

No se conoce el número exacto de personas que emigraron a América Latina durante el período 1870-1930. La palabra inmigrante tiene un significado claro en el lenguaje común, pero no lo tiene en las estadísticas. Además, las estadísticas de los países de origen no concuerdan con las de los países receptores. No todos los inmigrantes se afincaron de forma permanente, a la vez que otros llegaron extraoficialmente. Una ventaja obvia al calcular la inmigración en este período estriba en que normalmente los inmigrantes llegaban de Europa en barco, y la inmigración por vía marítima es mucho más fácil de controlar que el cruce por fronteras terrestres. Algunas estadísticas sólo suponen inmigrantes a los pasajeros de segunda y tercera clase, mientras que otras no hacen distinción. Algunas sólo cuentan las llegadas, es decir, no registran las salidas. En el caso de Argentina y Uruguay no era raro que los inmigrantes probaran suerte en uno de estos países primero antes de afincarse finalmente en el otro. Una alta proporción de los inmigrantes que llegaban a Chile y Paraguay eran en definitiva producto de la remigración.

A diferencia de otros cuadros publicados, los que damos en el presente capítulo recogen datos correspondientes a la migración neta (las llegadas menos las salidas) y, para abreviar, condensan la información en períodos de cinco años. Sin embargo, en el caso de Brasil no hay manera de restar las salidas. Brasil sólo tomaba nota de cuantos llegaban por primera vez y excluía de los registros incluso las readmisiones, que debieron representar el 10 por 100 de todas las llegadas. Por suerte, cabe estimar alrededor de la mitad del saldo neto, puesto que más de la mitad de los inmigrantes desembocaron en el estado de São Paulo, y en su puerto de entrada, Santos, sí se anotaron llegadas y salidas.

El saldo neto excluye las admisiones temporales de extranjeros, los ciudadanos que volvían a su país y que por error tal vez se habían incluido, así como los turistas, conjunto importante en el Río de la Plata durante el decenio de 1920. Es decir, las cifras reflejan únicamente a los que tomaron residencia permanente.

Sólo unos cuantos países latinoamericanos se beneficiaron de la inmigración masiva de europeos. Fueron, por orden de importancia, Argentina, Brasil, Cuba, Uruguay y Chile. Aproximadamente 4 millones de europeos se instalaron en Argentina, seguidos de 2 millones en Brasil, si se considera que la tasa de colonización de São Paulo representa la de todo el país. Poco menos de 600.000 personas se afincaron en Cuba y el mismo número hizo lo propio en Uruguay, aunque, dado que la población uruguaya en 1930 era la mitad de la cubana, el impacto demográfico fue aquí sin duda mayor. La inmigración neta en Chile, mal registrada antes de 1907, probablemente fue de 200.000 personas, cifra muy por debajo de las correspondientes a los países que acabamos de mencionar (véanse los cuadros 2, 3 y 4). Los inmigrantes que entraron en Paraguay se indican en una nota al pie del cuadro 2, ya que son parte del proceso de remigración en la región. Pocos de ellos llegaron directamente de Europa y, en todo caso, su número reducido no compensaba siquiera el éxodo de peones rurales a los países vecinos. A México, con la segunda población de América Latina en importancia numérica, llegaron sólo 33.980 colonizadores de la otra orilla del Atlántico entre 1904 y 1924. Por supuesto, estas cifras corresponden a un período que no era favorable a la inmigración, debido a la inestabilidad política del país. El total es, con todo, bajo si se compara con el número de personas que salieron de México durante esa época. Venezuela, en cambio, recibió a unos 300.000 extranjeros entre 1905 y 1930, pero sólo retuvo a una décima parte.

En realidad, el éxodo masivo de Europa había empezado diez años antes de 1881, la primera fecha que se da en estos cuadros. Entre 1871 y 1880, 100.000 extranjeros se instalaron en Argentina y un número parecido en Uruguay. Alrededor de 200.000 extranjeros entraron en Brasil por primera vez entre 1872 y 1880. En Cuba, no empezaron a confeccionarse estadísticas nacionales hasta 1902. Antes cuesta distinguir a los colonizadores de las personas que fueron enviadas a la colonia en calidad de administradores o personal militar. A raíz de la independencia en 1898, se produjo la repatriación de gran número de españoles.

Huelga decir que las fluctuaciones de la migración quedan ocultas, en parte, a causa de la división en períodos quinquenales. Los años setenta experimentaron un incremento

general y sostenido que alcanzó su apogeo a finales del decenio siguiente. En Argentina, la crisis de 1890 interrumpió bruscamente este crecimiento; de hecho, el número de extranjeros que salieron del Río de la Plata fue superior al de los que entraron. Brasil, en cambio, no experimentó un descenso parecido. En aquel tiempo, la emigración de italianos a Brasil estaba prohibida a resultas de un desacuerdo entre los dos gobiernos, pero cuando Roma autorizó su reanudación en 1891 muchos italianos aprovecharon ansiosamente la oportunidad de trasladarse a Brasil, en especial a las plantaciones de café de São Paulo. La inmigración italiana siguió siendo numerosa durante dos decenios. A principios del siglo XX, Argentina volvió a ser el país que preferían muchos inmigrantes. En el período 1900-1910, recibió unos 300.000 europeos al año, si bien sólo una proporción de ellos se instalaron de forma permanente. Mientras tanto, la corriente hacia Brasil perdió fuerza y la crisis de 1903-1904 hizo que muchos volvieran a su país de origen. La guerra europea suscitó una nueva repatriación general, Argentina perdió entonces a unos 87.000 extranjeros, si bien continuaron llegando otros de las naciones no beligerantes. São Paulo y Chile registraron saldos negativos más reducidos, mientras que las llegadas a Uruguay apenas disminuyeron. La guerra surtió el efecto contrario en Cuba. Con el alza de los precios del azúcar, la inmigración alcanzó nuevas cumbres, aunque no duró. La crisis de 1920 hizo que muchos recién llegados volvieran a casa. En 1927, 1928 y 1929, las salidas superaron a las entradas en la isla. Por último, sesenta años de inmigración masiva a América Latina tocaron a su fin con el comienzo de la crisis mundial en 1929-1930.

Cuadro 2

*Inmigración neta: Argentina, Uruguay y Chile, 1881-1930 (en miles)**

	Argentina	Uruguay	Chile	Total
1881-1885	191,0	26,7	4,3	222,0
1886-1890	489,4	42,1	23,9	555,4
1891-1895	156,1	13,8	2,8	172,7
1896-1900	303,9	33,9	4,1	341,9
1901-1905	329,3	43,8	3,6	376,7
1906-1910	859,3	92,8	35,6	987,7
1911-1915	490,4	101,0	53,3	644,7
1916-1920	2,4	53,1	14,8	70,3
1921-1925	510,2	70,0	34,3	615,5
1926-1930	481,6	102,6	6,3	590,5
	3.813,6	579,8	183,0	4.576,4

FUENTES: Para Argentina, 1881-1930, Zulma Recchini de Lattes y Alfredo E. Lattes, eds., *La población de Argentina*, Instituto Nacional de Estadística y Censos, Buenos Aires, 1975, p. 200; para Uruguay, 1881-1892, Walter F. Wilcox, *International migrations*, National Bureau of Economic Research, Nueva York, 1929, p. 568, *Anuarios estadísticos*; para Chile, 1882-1907, George F. W. Young, *The Germans in Chile: immigration and colonization*, Center for Migration Studies, Nueva York, 1974, p. 6; además, Markos Mamalakis, *Historical statistics of Chile*, vol. II, Westport y Londres, 1980, p. 109.

* Inmigrantes entrados en Paraguay

1818-1885	0,8	1900-1905	2,3	1921-1923	1,6
1886-1890	4,7	1906-1910	5,1	1926-1930	1,7
1891-1895	1,8	1911-1915	4,6		
1896-1900	1,2	1916-1920	1,6	1881-1930	25,6

FUENTE: Lyra Pidoux de Drachenberg, "Inmigración y colonización en el Paraguay, 1870-1970", *Revista Paraguaya de Sociología*, 34 (1975), pp. 65-123.

Las naciones del sur y el este de Europa contribuyeron en diversa medida a esta migración en masa. De los 4 millones de extranjeros que entraron en Brasil entre 1881 y 1930, los italianos ocuparon el primer lugar, con el 36 por 100 del total. El apogeo de la emigración de italianos a Brasil fue el período comprendido entre 1896 y 1900. A partir de entonces, la proporción de italianos descendió hasta situarse en un modesto 9 por 100 durante los años del fascismo. Al decrecer, varió su composición regional. Los italianos del norte fueron sustituidos por los del sur en vísperas de la primera guerra mundial. En orden de importancia numérica, el segundo grupo de inmigrantes procedía de la antigua madre patria. Los portugueses, que siempre habían constituido la mayoría antes del comienzo de la migración en masa, cedieron la primacía a los italianos. La crisis agrícola llegó con retraso a Portugal, y los portugueses se hicieron a la mar cuando la avalancha de italianos empezaba a menguar. A partir de 1906, recuperaron su posición una vez más y pasaron a representar el 29 por 100 de los inmigrantes. España ocupó allí el tercer lugar después de Italia y Portugal: un total de medio millón de españoles, que representaba una séptima parte del conjunto. Los años de mayor afluencia fueron los comprendidos entre 1906 y 1920, en que los españoles superaron numéricamente a los italianos, aunque durante los años veinte descendió la inmigración española. Portugueses y españoles constituían dos tercios del número total de inmigrantes que entraron en Brasil entre 1906 y 1920. La inmigración procedente de Alemania se animó considerablemente a raíz de la primera guerra mundial. La mayoría de los alemanes se dirigió a los estados de Río Grande do Sul, Santa Catarina y Paraná, donde se unieron a los descendientes de los pioneros que se habían afincado allí durante el imperio. La contienda fue también la causa del incremento del cupo de eslavos, ya fueran de nacionalidad yugoslava, polaca o rusa, y de diversos credos, incluidos los judíos, así como del cupo de sirios y libaneses, a los que allí, como en otras partes de América Latina, llamaban "turcos". Antes de la guerra entraron, en efecto, en el país portando pasaporte otomano.

Cuadro 3

Inmigración neta: Brasil, 1881-1930 (en miles)

	Brasil					Estado de São Paulo		Tasa de asentamiento permanente	
	Llegados por primera vez	Porcentaje				Llegados	% de Brasil		Salidos ¹
		Portugal	Italia	España	Alemania				
1881-1885	133,4	32	47	8	8	99,02 ²	—	—	
1886-1890	391,6	19	59	8	3	199,4	51	—	
1891-1895	659,7	20	57	14	1	413,4	63	65,5 ³	
1896-1900	470,3	15	64	13	1	281,6	60	122,9	
1901-1905	279,7	26	48	16	1	194,3	69	171,4	
1906-1910	391,6	37	21	22	4	190,2	49	173,6	
1911-1915	611,4	40	17	21	3	339,0	55	173,9	
1916-1920	186,4	42	15	22	3	99,9	54	69,5	
1921-1925	386,6	32	16	12	13	222,7	58	108,5	
1926-1930	453,6	36	9	7	6	263,4	58	141,4	
	3.964,3	29	36	14	5		56 ⁴	46 ⁴	

1. Desde el puerto de Santos: pasajeros de tercera clase.

2. 1882-1885.

3. 1892-1895.

4. 1892-1930, sólo.

FUENTES: Para Brasil, Maria Stella Ferreira Levi, «O papel da migração internacional na evolução de população brasileira (1872-1972)», *Revista de saúde pública*, supl. 8 (1974), pp. 49-90, esp. 71-72; para São Paulo, Thomas H. Holloway, *Immigrants on the land. Coffee and society in São Paulo, 1886-1934*, Chapel Hill, 1980, p. 179.

Al no permitírseles la entrada en Hawai y los Estados Unidos, los japoneses volvieron los ojos hacia Brasil. A partir de 1908, las compañías de emigración japonesas pusieron a varios miles de supuestas familias a disposición de los plantadores de café. Careciendo de cohesión (con el tiempo se vio claramente que, en realidad, muchas de estas supuestas familias no estaban unidas por vínculos familiares), y viendo frustradas sus expectativas, las colonias japonesas resultaron inestables. Sus miembros emigraron a los barrios periféricos de las ciudades, en especial de São Paulo, donde se dedicaban a la horticultura, o, en su defecto, se trasladaban a las fronteras de los pioneros, donde se hacían cultivadores independientes de algodón. Al cesar las subvenciones brasileñas, en 1924, el gobierno japonés asumió la responsabilidad de financiar la emigración. En estas condiciones unas 70.000 familias japonesas entraron en Brasil antes de 1930. Desde el punto de vista numérico, incluso ocuparon el primer lugar entre 1932 y 1934. Los japoneses emigraron a diversos países latinoamericanos, pero nunca en número tan grande como a Brasil.

En el Río de la Plata, como en Brasil, los italianos constituían el grupo de inmigrantes más numeroso. Entre 1860 y 1900, representaron más de la mitad del total. A medida que el nuevo siglo fue avanzando, su número disminuyó, aunque no tanto como en Brasil. También varió su origen regional. En vísperas de la guerra mundial, los napolitanos o los meridionales ganaron en número a los inmigrantes del norte. El “tano” desbancó al “gringo” como estereotipo popular del italiano. Los españoles ocuparon el segundo lugar en Argentina. Los inmigrantes portugueses fueron muy escasos. En los diez años comprendidos entre 1911 y 1920, los inmigrantes españoles alcanzaron el primer lugar. Representaban un tercio del total de inmigrantes. En lo que respecta al origen regional, la mayoría de ellos procedían de la zona costera del norte. Rusos (eslavos) y turcos (sirios, libaneses y armenios) también cruzaron el Atlántico con rumbo a Argentina. Sin embargo, la emigración a este último país se diferenciaba de la que tenía por destino Brasil en tres sentidos: los franceses llegaron en mayor número de 1871 a 1890; minorías nacionales de las islas británicas, tales como los irlandeses y los galeses, también preferían esta parte del continente, y no había una presencia numéricamente significativa de japoneses y alemanes. Dos factores distinguían Uruguay de Argentina. El número de inmigrantes españoles se acercaba al de italianos, y los franceses eran todavía más prominentes, posiblemente porque, habiendo constituido el contingente más nutrido durante el decenio de 1840, la tradición continuó. En Cuba, los inmigrantes españoles superaron ampliamente en número a todos los demás. Se da la paradoja de que su número aumentó tras la retirada del ejército y la administración coloniales. En términos de migración intercontinental, es decir, excluyendo los inmigrantes procedentes de otras islas del Caribe, de América del Norte y de América Central, los españoles representaron alrededor del 85 por 100 del número total de inmigrantes.

Cuadro 4*Inmigración neta: Cuba, 1902-1930 (en miles)*

	Pasajeros. Saldo de llegadas y salidas	Tasa de asentamiento ¹	Inmigrantes admitidos	
			Espanoles (porcentajes)	Antillanos
1902-1905	64,3	57	81 ²	1 ²
1906-1910	66,9	41	71	14
1911-1915	72,0	40	75	11
1916-1920	253,1	63	52	37
1921-1925	158,7	53	50	37
1926-1930	-18,9	-16	30	58
Total	596,1	47	58 ³	31 ³

1. Residuo de llegadas y salidas en relación con los inmigrantes admitidos (en porcentajes).

2. 1904 y 1905, sólo.

3. 1904-1930.

FUENTE: Cuba, Secretaría de Hacienda, *Inmigración y movimientos de pasajeros, 1902-1930*.

Como hemos visto, la llegada a un país no significaba necesariamente la residencia permanente en él. Argentina recibió, por ejemplo, a principios de siglo gran número de trabajadores “estacionales” que llegaban para la recolección, gracias a que la temporada baja de las faenas agrícolas en la región del Mediterráneo coincidía con el período de mayor actividad en las pampas. Como los pasajes eran baratos, el trabajador agrícola podía volver a casa con algunos ahorros, sin por eso descuidar sus propias tierras. Otros inmigrantes sencillamente llegaban con la intención de ganar dinero suficiente para comprar propiedades en su pueblo o con la ambición todavía mayor de “hacer la América”. Si la suerte les acompañaba, volvían a su país natal. La costa cantábrica de España está llena de casas construidas por “indianos”, con palmeras exóticas en sus jardines que atestiguan la nostalgia incurable de sus propietarios. En São Paulo, sólo el 46 por 100 de los que llegaron entre 1892 y 1930 se afincó (véase cuadro 3). En Argentina, la cifra descendió hasta el 34 por 100 entre 1881 y 1930. Y no todas las nacionalidades se instalaron en las mismas proporciones. La distancia recorrida y el coste del pasaje influían en la decisión final. A los japoneses cambiar de planes les resultaba mucho más costoso que a los italianos. Entre 1908 y 1932, el 92 por 100 de los japoneses que desembarcaron en Santos se instaló en São Paulo, frente al sólo 13 por 100 de los italianos. Para un yugoslavo trasladarse a ultramar, a un país de lengua y costumbres extranjeras, suponía tomar un compromiso más firme que para un portugués. Alrededor del 80 por 100 de los yugoslavos se quedó permanentemente; en cambio, sólo un 42 por 100 de los portugueses. Las tasas correspondientes a los polacos y los alemanes eran el 50 y el 18 por 100, respectivamente.⁵

La propensión a afincarse también varió según la época y el punto de destino. El 74 por 100 de los inmigrantes italianos que llegaron a Argentina entre 1881 y 1890 echó raíces. En el decenio siguiente la proporción descendió a un 47 por 100. En general, la migración italiana, más que cualquier otra, parece haber sido especialmente sensible a los factores económicos a corto plazo. Los españoles, por su parte, mostraban mayor propensión a establecerse, como parecen indicar las cifras del 85 y el 56 por 100, correspondientes al mismo período.

⁵ Alfredo Ellis, Jr., *Populações paulistas*, São Paulo, 1934, p. 135.

Residencia permanente no entrañó la asimilación. Una elevada proporción de japonesas de São Paulo se casaron con compatriotas. Los hombres, en cambio, debido a la escasez de mujeres de su propio origen, solían casarse con brasileñas. La tendencia a la endogamia variaba según el sexo y la nacionalidad. Aunque menos acentuada que entre las japonesas, era un rasgo común entre todas las extranjeras. Entre los hombres, en cambio, era menor. Los primeros en abandonar la endogamia fueron los italianos. Y la tendencia a la asimilación por medio del matrimonio resultó, hablando en términos generales, mayor en las ciudades que en las zonas rurales.

Hombres y mujeres no cruzaron el Atlántico en igual número. El inmigrante arquetípico era adulto, varón y soltero. Para la inmigración a Cuba en el período 1904-1928, por ejemplo, véase el cuadro 5. El censo cubano de 1907 muestra una proporción masculina de 110,3, es decir, por cada cien hembras en la isla había diez varones más. En 1919 y 1931, la proporción de varones era de 112,7 y 113,1, respectivamente. El cuadro 6 distingue entre la población nativa y la extranjera de Argentina. Mientras que en el primer grupo parece que había más hembras que varones, debido posiblemente a la mayor tasa de mortalidad entre éstos (proporción masculina de 90 en 1895), entre los extranjeros ocurría lo contrario (proporción masculina de 173 en 1895). Aparte de esto, el mismo cuadro indica que había una proporción de varones adultos más elevada entre los extranjeros que entre los nativos.

Cuadro 5

Sexo, edad y estado civil de los inmigrantes: Cuba, 1904-1928 (en porcentajes)

Períodos (años)	Hombres	Personas de entre 14 y 45 años de edad	
		Personas solteras	
1904-1908	82,6	82,0	70,7
1909-1913	81,2	83,4	70,4
1914-1918	83,7	90,1	76,4
1919-1923	88,6	95,4	86,0
1924-1928	83,5	91,9	79,1

FUENTE: Cuadro de Estudios Demográficos, *La población en Cuba*, La Habana, 1976, p.75.

Cuadro 6

Extranjeros en la población de Argentina

	Ratio de varones			% 14-64 años de edad			Extranjeros de 14-64 años de edad como % de la población total
	Población total	Población		Población total	Población		
		Argentinos	Extranjeros		Argentinos	Extranjeros	
1869	1,06	0,94	2,51	56,5	—	—	12,1
1895	1,12	0,90	1,73	57,9	48,6	85,0	25,5
1914	1,16	0,98	1,71	61,4	50,3	87,4	29,9

FUENTE: Gino Germani, "Mass immigration and modernization in Argentina", en I. L. Horowitz, ed., *Masses in Latin America*, Nueva York, 1970, p. 297.

¿Cuál fue el efecto que la inmigración en masa de europeos surtió en el crecimiento demográfico global? Las poblaciones de Argentina, Uruguay, Brasil y Cuba aumentaron a un ritmo que no se explica por simple reproducción. Mientras que la tasa de incremento por cada mil argentinos fue del 32,5 anual entre 1880 y 1930, el saldo de nacimientos y muertes fue del orden de 18,1 por 1.000. La diferencia del 14,4 se debe, pues, a la inmigración. Es importante tener presente que la inmigración representa el 44 por 100 del incremento medio de cada año y alrededor del 80 por 100 del crecimiento natural.⁶ A lo largo del mismo período, la aportación endógena fue del mismo orden en Brasil (18,1), pero la inmigración sólo añadió un 3,3 por 1.000 más, es decir, alrededor del 15,4 por 100 del crecimiento total.⁷ Según las estimaciones indicadas, los inmigrantes fueron tres veces más importantes para el crecimiento de Argentina que para el de Brasil. Si comparamos Argentina con los Estados Unidos, vemos una discrepancia parecida. Mientras que el censo norteamericano de 1910 muestra que el 14,7 por 100 de la población es de origen extranjero, el censo argentino de 1914 indica el doble de esa cifra.

Tarde o temprano, todos los países latinoamericanos promulgaron leyes de inmigración o financiaron programas de colonización. El estado de São Paulo gastó grandes sumas de dinero en la subvención de pasajes marítimos, ya fuera por medio de la Sociedad para el Fomento de la Inmigración, organización creada por los grandes *fazendeiros* del café, o por medio de contratos entre las compañías de navegación y el Departamento de Agricultura. Además, las autoridades estatales construyeron un centro de recepción de inmigrantes en la capital, cuyos dormitorios y refectorio eran utilizados por más de la mitad del número total de inmigrantes. Era allí donde se les facilitaban billetes de ferrocarril para el Planalto. El Estado destinó el 5,2 por 100 de sus ingresos fiscales a fomentar la inmigración entre 1892 y 1930, y esta inversión dio gran rendimiento.⁸

Algunas naciones gastaron dinero en vano o con escaso resultado. Porfirio Díaz trazó planes ambiciosos con el propósito de poblar la frontera del norte, que se hallaba demasiado expuesta a las tendencias expansionistas de los Estados Unidos; las regiones costeras del sur y del este, donde se cultivaban productos para la exportación, y la región central, donde se estaba modernizando la producción agrícola. Las colonias italianas fundadas en 1881 resultaron un fracaso y terminaron empleando mano de obra mexicana. A decir verdad, no escaseaba la mano de obra en México. Pronto ocurriría lo contrario, si bien la mano de obra estaba mal distribuida y respondía con lentitud a la llamada de la contratación. Los únicos ejemplos de colonización exitosos fueron los organizados privadamente, como el de los mormones. Numéricamente, sin embargo, representaban poco. A pesar de esto, la población extranjera de México fue en aumento. El censo de 1910 incluía un total de 116.527 extranjeros residentes en el país. Entre ellos estaban la comunidad de pescadores chinos de Sonora, un puñado de portorriqueños que participaban en la producción de henequén y los jamaicanos que trabajaban en el tendido de ferrocarriles. Los españoles y otros europeos preferían las ciudades y los empleos en el comercio y los servicios.

En América Central y los países andinos no se dio una afluencia masiva de europeos. Los que se trasladaron a estas regiones no se integraron en la sociedad por abajo, sino por arriba. Había una nutrida representación de europeos, por ejemplo, entre los plantadores de café de Costa Rica y los banqueros de Perú. Los que entraban en la sociedad por el nivel más bajo eran los asiáticos, otros latinoamericanos y los inmigrantes procedentes de Jamaica y las Pequeñas Antillas. Cuando la industria azucarera no logró renovarse tecnológicamente, muchas personas de las islas del Caribe se quedaron sin trabajo al tiempo que el rápido crecimiento demográfico creaba un serio exceso de población. Unos 145.000 jamaicanos abandonaron su isla para construir ferrocarriles, excavar el canal de Panamá o recolectar los plátanos de la United Fruit Company en

⁶ Zulma L. Recchini de Lattes y Alfredo E. Lattes, eds., *La población de Argentina*, Buenos Aires, 1975, p. 34.

⁷ Thomas W. Merrick y Douglas H. Graham, *Population and economic development in Brazil. 1800 to the present*, Baltimore, 1979, p. 38.

⁸ Thomas H. Holloway, *Immigrants on the land. Coffee and society in São Paulo, 1886-1934*, Chapel Hill, Carolina del Norte, 1980, pp. 56-57.

América Central. En la época de la recolección también acudían en gran número a las plantaciones de Cuba y Santo Domingo. Una cantidad bastante elevada de jamaicanos terminó instalándose en comunidades compactas en el país de destino. Todavía puede oírse hablar en inglés, por ejemplo, en la costa atlántica de Panamá y Costa Rica. Las islas que se extienden formando un arco desde Venezuela hasta Puerto Rico también perdieron muchos habitantes. En Santo Domingo, los peones de las plantaciones procedentes de las Antillas francesas pronto se vieron sumergidos por una oleada de “cocolos”, nombre que allí se da a los nativos de las Indias Occidentales británicas. Más adelante estos mismos fueron sustituidos por haitianos en Santo Domingo y Cuba. Los puertorriqueños, por su parte, emigraron a Santo Domingo, Cuba y Yucatán, por no citar un punto de destino menos habitual: Hawai. De modo parecido, varios miles de guatemaltecos se instalaron en México, a la vez que los colombianos hacían lo propio en Venezuela.

Argentina, Uruguay, Chile y Brasil no atrajeron solamente a europeos, sino también a gentes de los países vecinos. Los brasileños emigraban a los departamentos septentrionales de Uruguay, donde, en 1908, constituían entre una quinta y una séptima parte del número total de habitantes.⁹ Los bosques y las soledades de la Patagonia presenciaron la llegada de chilenos, mientras que peruanos y bolivianos se afincaron en el extremo norte de Argentina.

Aparte de su efecto demográfico, la inmigración surtía un poderoso efecto cultural, aunque no siempre era el que se buscaba. A principios del siglo XIX, los gobiernos aspiraron a poblar sus países con europeos del norte, anglosajones o alemanes, que despertaban admiración por su laboriosidad y su sentido de la responsabilidad cívica. Más que como fuente necesaria de mano de obra, se les veía como instrumentos del cambio social y la modernización. La inmigración de europeos no se consideraba sólo como un medio de acelerar el crecimiento económico, sino que a menudo parecía ser una fórmula que ahorraba a los gobiernos el esfuerzo de movilizar su población por medio de la educación y la política sanitaria. Esta actitud, teñida a veces de racismo, denotaba cierto temor o prejuicio dirigido contra las clases populares de sus propias naciones. En efecto, la Constitución argentina de 1853 ordena al gobierno federal que aliente la inmigración, pero estipula que debe ser de europeos. Sesenta años después, la ley de inmigración de 1912 en la República Dominicana manifestaba preferencia por la raza caucásica. El prejuicio racial llegaba incluso al extremo de dar sólo su aprobación a ciertos europeos. Sin embargo, fue la necesidad económica el factor que se impuso a las leyes y a las ideologías. Los extranjeros que entraron fueron, en definitiva, los que se hallaron disponibles. En vez de los codiciados hombres del norte, los que llegaban fueron los menos cotizados latinos. También se admitía a los negros del Caribe y a los asiáticos, aunque a regañadientes.

Si la rapidez del crecimiento económico no daba tiempo a discriminar, los inmigrantes, sí podían escoger entre varios lugares. América del Norte era un foco de atracción desde hacía algún tiempo. En América Latina varias puertas se abrieron al mismo tiempo. Fuera decisión individual o colectiva, no hay duda de que factores culturales, lingüísticos y religiosos influyeron sobre los posibles inmigrantes. Confirma este argumento el hecho de que la gran mayoría de los portugueses prefiriesen Brasil. De forma parecida, que los españoles emigraran a Cuba después de la independencia se explica si tenemos en cuenta los lazos tradicionales forjados con este país. Sin embargo, las afinidades no explican del todo estos y otros casos. Mucho menos explican la cronología y el ritmo de la afluencia de inmigrantes.

En tiempos más recientes, los historiadores han concentrado su atención en las condiciones socioeconómicas imperantes. La diferencia de los salarios reales contribuye en gran medida a explicar el ir y venir entre Italia y Argentina. Las inversiones y el comercio exteriores también explican la dirección y las fluctuaciones de la corriente migratoria. La correlación entre la migración y estas variables es muy elevada, pero no basta para explicar la elección entre Brasil y Argentina. Diríase que las variaciones en el mercado de trabajo local fueron un factor decisivo.

⁹ Juan Rial y Jaime Klaczko, *Uruguay: el país urbano*, Montevideo, 1981, p. 75.

La mortalidad

La inmigración explica únicamente parte del crecimiento demográfico de varios países latinoamericanos durante el período 1870-1930. El crecimiento natural explica el resto, esto es, la mayor parte, en el que la mortalidad y la fecundidad se combinan en grados diversos.

La población de los países latinoamericanos estuvo sometida a una alta tasa de mortalidad que a veces incluso aumentaba a causa de guerras, epidemias y malas cosechas. Ya hemos comentado el efecto que la guerra de Paraguay, por ejemplo, tuvo en la población de dicho país. Más frecuentes y menos irregulares resultaban las epidemias, algunas de las cuales, por ejemplo la viruela, el sarampión o la fiebre amarilla, eran endógenas, mientras que otras, tales como el cólera, eran importadas.

El cólera fue la maldición del siglo XIX, debido principalmente a la mayor intensidad de las comunicaciones transoceánicas. Su incubación tuvo lugar en el delta del Ganges, desde donde solía propagarse hacia el Oriente Medio y, desde allí, a Europa. Al cabo de tres o cuatro años, esta infección, salida de la lejana Bengala, alcanzaba la costa americana después de cruzar otro océano. El cólera visitó América en cinco ocasiones distintas: 1833, 1856, 1867-1870, 1887 y 1894. El momento exacto y la severidad de la epidemia varían según los lugares. Se ha calculado que el cólera segó 150.000 vidas en Brasil, por ejemplo, durante la segunda mitad del siglo XIX. Afectaba, en primer lugar y con mayor gravedad, a los puertos. Luego, se propagaba hacia el interior, afectando sobre todo a las ciudades, o aparecía allí donde hubiera concentraciones de personas, por ejemplo en las trincheras durante la guerra de Paraguay. En cambio, la distancia y las malas comunicaciones protegieron al interior del continente del riesgo de contagio. El aislamiento resultó ser la mejor garantía contra la propagación de la enfermedad. La cuarentena marítima y otras medidas internacionales consiguieron poner fin a su recurrencia hacia finales de siglo. Las grandes epidemias de cólera habían terminado.

La fiebre amarilla era otra enfermedad común. Existía en el Caribe desde hacía algún tiempo en forma latente. Cabe incluso que una variedad menos mortal fuese originaria de las selvas tropicales de América. Durante el siglo XIX, se manifestó con frecuencia (siete veces en setenta años en La Habana). El mosquito que la transmitía se propagó más allá de su hábitat natural y, viajando en el casco y el aparejo de los barcos de vela, llegó a las tierras bajas y templadas. La fiebre amarilla, no obstante, nunca afectó a tierras situadas a más de 1.000 metros sobre el nivel del mar. Durante el decenio de 1840 atacó a Lima, mientras en la otra costa era transportada por barco de Nueva Orleans a Bahía, de donde se extendió a Río de Janeiro. Desde Río se desplazó hacia el sur durante el decenio siguiente. En 1857, llegó a Montevideo y, al cabo de un año, pasó a Buenos Aires. Sus efectos más devastadores se notaron en 1871, cuando casi una décima parte de la población bonaerense murió de esa enfermedad, hecho que quedó profundamente grabado en la memoria de los supervivientes.¹⁰ Merece la pena señalar que la fiebre amarilla fue más letal en Brasil entre los recién llegados de Europa que entre los negros o los blancos nacidos en el país, y las noticias que en este sentido llegaron a Europa desanimaron a muchos emigrantes en potencia.

La fiebre amarilla fue también uno de los factores que hicieron fracasar el primer intento de construir el canal de Panamá en las postrimerías del siglo XIX. Los norteamericanos no reanudaron las obras del canal hasta después de llevar a cabo una campaña de fumigación intensiva, cuyo objetivo era acabar con la enfermedad. El médico cubano Carlos Finlay había identificado el mosquito transmisor. La fumigación sistemática logró liberar a Cuba y Panamá de la fiebre amarilla y, al mismo tiempo, de otras enfermedades, tales como el paludismo. En otros países, la fiebre continuó atacando. En Santa Cruz, Bolivia, se registraron todavía cinco mil casos en 1932.

Aparte de estas grandes epidemias, hubo la pandemia de gripe de 1917-1919, además de plagas locales como, por ejemplo, el brote de peste bubónica que afectó a Santos en 1899. Otras enfermedades infecciosas recurrentes, pero que, en su mayor parte,

¹⁰ Véase Miguel Ángel Scenna, Cuando murió Buenos Aires. 1871, Buenos Aires, 1974.

eran selectivas por cuanto atacaban a los niños, a veces adquirían proporciones de epidemia. La viruela y el sarampión continuaron causando víctimas, sobre todo entre la población rural. Durante mucho tiempo siguió habiendo numerosas muertes causadas por una amplia gama de infecciones pulmonares, intestinales o parasitarias.

Los niños representaban una proporción elevada de las personas que morían de enfermedad durante el siglo XIX. Entre 1899 y 1931, Cuba redujo su tasa de mortalidad infantil en una cuarta parte, aunque la cifra siguió siendo elevada: un 168 por 1.000. México redujo su tasa en más de la mitad: del 324 por 1.000 entre 1896 y 1898, las muertes infantiles bajaron a un 146 en el período 1929-1931. Durante el mismo período, la mortalidad infantil en Uruguay había alcanzado la cifra más baja de todos los tiempos, y era casi estacionaria: un 98 por 1.000, la tasa nacional mínima de la región. Entre 1865 y 1895, la esperanza de vida de un niño al nacer -que es otra forma de analizar la mortalidad- no superaba los 26,9 años en la mayoría de los países latinoamericanos (Brasil, Chile, Colombia, Costa Rica y Panamá). En 1930, la esperanza de vida no había sobrepasado los 36,1 años, lento avance de 2,2 meses por año a lo largo de un período de cincuenta años. En los países más atrasados, como la República Dominicana, Guatemala y Nicaragua, la esperanza de vida subió hasta 27,1 años antes de 1930, cifra que concordaba con la de los otros países unos cincuenta años antes.¹¹

Las cifras correspondientes a la esperanza de vida continúan siendo provisionales. A pesar de ello, revelan tendencias en la mortalidad latinoamericana general, no hubo mejora espectacular: la esperanza de vida permaneció en un nivel bajo. Asimismo, las condiciones en algunos países eran claramente malas. En Argentina, no obstante, en 1914, la esperanza de vida alcanzó ya los 48 años, justo por debajo de la pauta de la mayoría de los países más desarrollados, aunque la cifra oculta amplias diferencias regionales. Se dio, por ejemplo, un marcado contraste entre Buenos Aires y el noroeste, donde las cifras eran de 51 y 38 años, respectivamente. En lo que se refiere a la mortalidad infantil, la diferencia también era considerable. En efecto, presentaba una variación de hasta el 200 por 100.¹²

Sólo el Río de la Plata consiguió elevarse, en lo que respecta a la esperanza de vida, hasta un nivel próximo al de los países europeos. Significativamente, Argentina, junto con Uruguay, era el país más urbanizado de América Latina: una parte considerable de su población vivía, en efecto, en la capital. En una época en que aún no se conocían los antibióticos, la prevención del contagio dependía en gran medida del nivel de higiene y de la existencia de servicios sanitarios públicos y privados. Obras y servicios públicos se multiplicaron en esa época, especialmente en las ciudades. Fue la época en que se dotó a la mayoría de las ciudades latinoamericanas de sistemas de agua potable y alcantarillado, en que se construyeron hospitales municipales, estatales o públicos, y en que la clase médica creció numéricamente y recibió mejor preparación. Según los censos, el número de médicos que había en Montevideo, por ejemplo, aumentó de 150 a 243 entre 1889 y 1904. Sin embargo, los avances más espectaculares no tuvieron lugar en este nivel, sino en el nivel más modesto, pero, pese a ello, igualmente eficiente, del personal auxiliar. El número de enfermeras aumentó de 3 a 250 en el mismo período. De una proporción de una enfermera por cada 71.687 habitantes, en 1908 la situación mejoró hasta alcanzar una proporción aceptable: una enfermera por cada 1.237 habitantes.¹³ La mejora de los niveles de higiene, que a esas alturas estaban más generalizados en las ciudades, también contribuyó a reducir la incidencia de las enfermedades, así como las muertes. Hacia 1914, en Argentina, las extranjeras disfrutaban de una esperanza de vida que superaba en alrededor del 15 por 100 la correspondiente a las mujeres nacidas en el país.¹⁴ La diferencia no se debía tanto a una mejor posición social, que no siempre se producía, como a la educación y las costumbres. Por regla general, los centros urbanos con una nutrida presencia europea experimentaban antes que otros un descenso de la tasa de mortalidad,

¹¹ Eduardo A. Arriaga, *Mortality decline and its effects in Latin America*, Berkeley, 1970.

¹² Jorge L. Somoza, *La mortalidad en la Argentina entre 1869 y 1960*, Buenos Aires, 1971.

¹³ Juan Rial, *Estadísticas históricas de Uruguay, 1850-1930*, Montevideo, 1980, p. 137.

¹⁴ Somoza, *La mortalidad en la Argentina*, p. 165.

parecido al que se registraba en Europa. Por consiguiente, podría considerarse esto como un efecto más que la inmigración surtía en las tendencias demográficas.

La nutrición también contribuyó al descenso de la tasa de mortalidad, especialmente en las zonas rurales. Al desarrollarse el mercado nacional, las crisis alimentarias se hicieron menos agudas y frecuentes, aunque la desnutrición y el hambre no desaparecieron del todo. En la región del Río de la Plata, que era una importante productora de alimentos, la dieta era abundante y variada, y esto explica el mejor estado de salud de que gozaba la población. En este sentido, era privilegiada en comparación con los países de la costa del Pacífico. Allí, la expansión de los productos destinados a la exportación se hizo a expensas de la agricultura de subsistencia. La nutrición, por lo tanto, debió empeorar, y la tasa de mortalidad apenas disminuyó.

Para terminar, parece que las tasas de mortalidad se nivelaron mediante la eliminación gradual de las puntas de muertes causadas por las epidemias y el hambre. Mientras tanto, fue en aumento una diferencia entre países, regiones, localidades y estratos sociales. Algunos países no pudieron superar las tradicionales causas de las tasas de mortalidad elevadas y de la corta esperanza de vida al nacer. Unos cuantos escogidos se embarcaron en una fase de transición hacia la modernidad. Sin embargo, hasta después del decenio de 1940, no se tomaron medidas drásticas contra las enfermedades infecciosas y no se produjo una mejora acelerada, más general.

La fecundidad

A principios del siglo XX, la tasa de natalidad era alta en todas las naciones latinoamericanas. De los doce países que, por su población y su extensión, representaban la mayor parte de América Latina, todos menos uno superaban la proporción de 40 nacimientos por cada mil habitantes, y la única excepción, Uruguay, no iba muy a la zaga (véase el cuadro 7). Dos decenios antes, las tasas que conocemos incluso habían sido más altas en uno o dos puntos.

No obstante, dentro de esta pauta relativamente homogénea de elevadas tasas de fecundidad, es posible diferenciar entre tres grupos de países durante el primer cuarto de siglo. En el primero, se produjo un leve descenso de la tasa de natalidad. En algunos países (Panamá, Venezuela y Costa Rica), este descenso ocurrió al finalizar una breve fase de crecimiento. En México, se dio lo contrario: la tasa más baja se registró después del marcado descenso que tuvo lugar durante la Revolución y, en este sentido, representó una recuperación. En Chile, la tasa de natalidad bajó con bastante lentitud. En el segundo grupo (Colombia, El Salvador, Guatemala y Brasil), hubo un ligero crecimiento de la tasa de natalidad. Aunque era pequeño, coincidió con un decrecimiento de la tasa de mortalidad y, por consiguiente, la población aumentó a un ritmo bastante rápido. Un tercer grupo de países (Uruguay, Argentina y Cuba) tenían, en 1920, una tasa de fecundidad inferior a los 40 nacimientos por cada mil habitantes. Hay que tener presente que las tasas que se indican en el cuadro 7 tienden a exagerar las cosas por una razón puramente matemática. Al dividir el número de nacimientos por un denominador más alto (población en aumento debido a la llegada de inmigrantes y a la disminución de la tasa de mortalidad), el cociente disminuye, como es lógico. En cambio, si la fecundidad se mide por el número de niñas nacidas de mujeres en edad fértil, el descenso resulta menos acusado.

Cuadro 7

Tasas de natalidad en América Latina durante el primer cuarto del siglo XX (por mil habitantes)

	1900-1904	1910-1914	1920-1924
Uruguay	38,9	36,5	30,1
Argentina	44,3	40,3	35,0
Cuba	44,6	44,7	36,7
Panamá	40,3	42,0	40,0
Venezuela	41,8	44,5	41,2
Chile	44,7	44,4	42,2
Colombia	43,0	44,1	44,6
Costa Rica	46,9	48,9	44,9
México	46,5	43,2	45,3
El Salvador	43,8	44,7	46,6
Guatemala	45,8	46,6	48,3
Brasil	45,7	47,3	48,6

FUENTE: O. Andrew Collver, *Birth rates in Latin America: new estimates of historical trends and fluctuations*, Berkeley, 1965.

Todavía no sabemos por qué la inmigración hizo bajar la tasa de natalidad, suponiendo, de hecho, que fuera la causa del descenso. La mayoría de los inmigrantes procedía de la Europa meridional, donde predominaban unos conceptos de la familia y la reproducción que eran favorables a las familias numerosas. En Buenos Aires, las extranjeras al principio parieron más hijos que las argentinas, pero pronto ocurrió lo contrario. ¿Por qué? ¿El descenso simultáneo de la tasa de natalidad en el Río de la Plata y en el sur de Europa fue fruto de una mejora simultánea del nivel de vida y de educación en las dos regiones?

Parece ser que la urbanización constituyó un factor decisivo del cambio. Las ciudades parecen menos fértiles que el campo. Si una mujer en la Argentina rural tenía un promedio de 4,4 hijos en 1895, la mujer que vivía en una ciudad tenía sólo 4. Igualmente, la tasa de natalidad en el interior de Uruguay era de 33 por 1.000, y en la ciudad de Montevideo, de 22 por 1.000. Desde las ciudades, las actitudes y los valores urbanos se propagaron hacia las regiones circundantes. Las tasas de natalidad en el interior de Uruguay y en la provincia de Buenos Aires eran más bajas que las de otras regiones rurales de América Latina. La elevada tasa de natalidad del conjunto de América Latina cabe atribuirle principalmente al carácter rural que la región tenía aún en el decenio de 1920.

Ciertamente, entre esta población rural el matrimonio no estaba extendido y las uniones libres eran habituales. Los vástagos de tales relaciones, que no eran necesariamente inestables, eran considerados ilegítimos por ley. La ilegitimidad, elevada desde el período colonial, persistió con fluctuaciones y variaciones locales. En la costa atlántica de Costa Rica, por ejemplo, 630 de mil nacimientos tuvieron lugar fuera del matrimonio entre 1915 y 1917. Poblada desde hacía poco tiempo, la región alojaba a una población principalmente flotante. La inestabilidad engendraba ilegitimidad, pero el promedio nacional era de sólo 200 por 1.000. La tasa inferior seguía siendo bastante alta.¹⁵ Por otro lado, el matrimonio y las tasas de natalidad no iban aparejados. Al aumentar la tasa de matrimonios en el interior de Uruguay, la de natalidad descendió. Lo mismo ocurrió en Argentina.

¹⁵ Casey Gaspar, *Limón*, p. 258.

Así pues, mientras una parte de América Latina seguía la baja pauta de reproducción que era de esperar, la otra parte daba rienda suelta a cierta capacidad de generación que había permanecido contenida hasta entonces. Puede que uno de los factores que intervinieron fuese una reducción de la edad en que las parejas contraían matrimonio o empezaban una relación sexual. Parece ser que así ocurrió, por ejemplo, en México entre 1905 y 1925. Finalmente, otra región, más abierta a influencias externas, comenzaba a adoptar hábitos más modernos y a reducir gradualmente su tasa de natalidad. Semejante cambio se centraba en las mayores ciudades latinoamericanas, especialmente en Buenos Aires y Montevideo, y se extendía hacia el interior de las zonas rurales siguiendo ambas orillas del Río de la Plata. El descenso de ambas tasas, la de natalidad y la de mortalidad, aunque raro y localizado, representa la primera etapa de lo que más adelante se denominaría “la transición demográfica”. En esta fase preliminar, sin embargo, la tasa de natalidad cambió menos que la de mortalidad. Con una menor mortalidad infantil en particular, y menos crisis demográficas provocadas por las enfermedades y el hambre, era mayor el número de niños que alcanzaba la madurez, se reproducía y aceleraba la tasa de crecimiento demográfico.

La migración interna

A medida que los mercados exteriores y nacionales fueron incrementando su demanda de productos, la agricultura empezó a requerir más mano de obra. La llegada de trabajadores de Europa, Asia y el Caribe, así como de latinoamericanos de los países vecinos, satisfizo parcialmente la necesidad de mano de obra, como hemos visto. Pero hubo también una considerable migración interna en ciertos países latinoamericanos durante los cincuenta años que precedieron a 1930: hacia las “fronteras”, territorios deshabitados que se hallaban bajo la jurisdicción nominal de la nación, hacia tierras que parecían ofrecer mejores oportunidades, hacia centros urbanos pequeños y ciudades grandes. Los factores de atracción desempeñaron un papel decisivo, pero, por supuesto, también hubo expulsión. En los sitios donde la población crecía a un ritmo más rápido que la actividad económica, sobó abrirse una válvula de escape. La movilidad física se vio facilitada, además, por la mejora de las comunicaciones internas, en especial por el tendido de ferrocarriles.

Si los migrantes cruzaban fronteras provinciales, los informes de los censos nos permiten reconstruir el volumen de semejante trasiego. Si no se formaron censos, o si el desplazamiento era estacional o tenía lugar dentro de un radio pequeño, los rastros de los migrantes se pierden con facilidad. Las fuentes de que disponemos hoy día sólo pueden darnos una visión parcial de la migración interna, y no todas ellas han sido exploradas plenamente todavía.

Existía aún una “frontera” en aquellos lugares donde los españoles y los portugueses no habían penetrado durante el período colonial: por ejemplo, en la cuenca del Amazonas, que era compartida por Brasil y sus vecinos, en el extremo sur del continente, en el norte de México y en las costas tropicales. La presencia en estas regiones de una población india poco numerosa y dispersa no impedía que los considerasen parajes desiertos y, por ende, patrimonio del Estado. Los gobiernos nacionales trazaron diversos planes para la ocupación de estos territorios. En Argentina, en unos pocos años entre 1877 y 1881, la “campaña del desierto” incorporó a la república casi 1.400.000 kilómetros cuadrados, extensión equivalente a casi la mitad del país entero. La expansión principal fue hacia el sur, cruzando la Pampa y la Patagonia, tierras que, en su mayor parte, eran áridas e inclementes y que, al ser pronto divididas entre un puñado de grandes terratenientes, presenciaron la llegada de más ovejas que hombres. En el norte, también se conquistó el Chaco, que era una región menos extensa de bosque tropical. Si bien los recién llegados, ya fuesen argentinos o extranjeros, eran pocos, ni que decir tiene que el crecimiento demográfico de los territorios fronterizos fue superior a la media de todo el país, que ya era elevada.

En México, la “marcha hacia el norte” tuvo menos de operación militar, aunque se empleó la fuerza para vencer y deportar a los indios yaquis de Sonora, que de lenta penetración por parte de los excedentes de población del centro y del sureste. Las regiones

que más atraían a estos mexicanos eran las costas septentrionales del Pacífico y del Golfo. En 1921, el 59 por 100 de los inscritos en el censo del norte de la Baja California, el 16 por 100 en el de Sonora y el 20 por 100 en el de Nayarit habían nacido fuera del estado. En la región petrolífera de Tamaulipas, la cifra era del 31 por 100. En el norte de la región central, Coahuila y Chihuahua tenían poblaciones cuyo 32 y 13 por 100, respectivamente, habían llegado de otros estados.¹⁶ Para no pocos emigrantes la agricultura o la cría de ganado en el norte pasó a ser una actividad transitoria en la ruta que los llevaría más allá, a California o a Texas.

La población de Brasil se hallaba concentrada en una estrecha franja de la costa oriental, como siempre lo había estado. Los límites occidentales del país eran imprecisos y daban pie a controversias con los países vecinos. En este vasto territorio indómito y deshabitado se abrieron diversas fronteras desde lados diferentes. El auge del caucho atrajo brasileños hacia el Amazonas. Muchos de los “seringueiros” o caucheros eran hombres del noreste que había huido de las sequías de Ceará. El número de habitantes de la región amazónica aumentó en un 65,7 por 100 entre 1877 y 1890, y en un 40 por 100 en el último decenio del siglo. La opulenta ciudad de Manaus fue el floreciente centro del citado auge entre 1890 y 1920, que repercutió también en los territorios orientales de Colombia, Perú y Bolivia, por donde se propagaron los buscadores de fortuna.

El cultivo del café fomentó la colonización del norte y el oeste de São Paulo hacia las postrimerías del siglo XIX. A finales del decenio de 1920, los últimos pioneros seguían avanzando aún, si bien en un frente más estrecho, a saber: la Alta Sorocaba. El cambio más significativo era que mientras que la penetración inicial había sido obra de inmigrantes, en 1920 a éstos los habían sustituido brasileños de nacimiento. El ex colonizador extranjero o bien remigraba a la ciudad o, convertido en pequeño propietario, empezaba a contratar a jornaleros. Con creciente frecuencia, estos jornaleros procedían de otros estados de Brasil. El café también abrió un frente tardío hacia el sur, donde la mano de obra se componía principalmente de brasileños nativos. Al mismo tiempo Goiás y Mato Grosso, en el Brasil central, comenzaron su proceso de expansión demográfica, alimentado asimismo por el éxodo desde el noreste y el este.

De Tamaulipas a Maracaibo se extiende un largo cinturón costero que durante mucho tiempo se consideró insalubre y peligroso y que, aparte de algunos puertos importantes como Veracruz y Cartagena, había permanecido prácticamente deshabitado durante siglos, a pesar de los esporádicos intentos de ocuparlo. Dos productos ayudarían a abrir esta frontera: primero, los plátanos y, más adelante, el petróleo. A finales del siglo XIX, las compañías que transportaban plátanos a los Estados Unidos recibieron concesiones generosas en el litoral atlántico de Costa Rica. Las plantaciones no tardaron en extenderse hacia el sur a través de Bocas de Toro en Panamá y Santa Marta en Colombia, y hacia el norte siguiendo el golfo de Honduras. También se descubrieron yacimientos de petróleo en el municipio mexicano de Tampico, en el norte de Colombia y en el golfo de Maracaibo, en Venezuela. Se dieron permisos para extraerlo a compañías norteamericanas y británicas, y las perforaciones se intensificaron a partir de la primera guerra mundial. Las plantaciones de plátanos y los campos petrolíferos eran enclaves extranjeros que en poco contribuían al desarrollo económico de las naciones anfitrionas. La mayor parte de los beneficios salía del país, pero la mano de obra quedaba. La población aumentó, de forma asimétrica por edad y sexo, como en todas las regiones que recibieron inmigrantes. En las plantaciones se prefería a los trabajadores extranjeros procedentes de las Antillas, mientras que en los pozos petrolíferos se conformaban con la mano de obra local. La atracción de Maracaibo, por ejemplo, se hacía sentir en la totalidad de los llanos occidentales de Venezuela y en lugares tan lejanos como los Andes.

La frontera era una extensión de tierra que se hallaba a disposición de quien quisiera cogerla, pero en Argentina, México, América Central y otras partes, era frecuente que la tierra que había que ocupar ya la hubiesen repartido. Un puñado de individuos o compañías, del país y extranjeras, habían obtenido los títulos correspondientes gracias a su influencia en el gobierno. Ello les permitía desbaratar los intentos independientes de colonización en

¹⁶ Moisés González Navarro, *Población y sociedad en México (1900-1970)*, México, 1974, vol. I, p. 52.

pequeña escala que hubieran sido los cimientos de una vida familiar estable. En su lugar, la población atraída hacia las regiones fronterizas era en gran parte masculina y muy móvil, lo cual no era propicio para la reproducción. Durante mucho tiempo estas regiones dependieron de las llegadas desde el exterior de las mismas.

Las tierras que estaban pobladas desde hacía mucho tiempo también atraían a inmigrantes en cuanto su capacidad productiva se intensificaba, o cuando, respondiendo a las demandas del mercado, se introducían productos nuevos para sustituir a los viejos. En Cuba, por ejemplo, cuando los viejos ingenios de azúcar fueron reemplazados por grandes centrales, surgieron nuevas oportunidades de encontrar trabajo en las provincias de Oriente y Camagüey. Cubanos del oeste del país y extranjeros acudieron en gran número a estas regiones en busca de empleo a principios de siglo. En Argentina, aparte de las recién anexionadas Pampa y Patagonia, donde la actividad principal era la cría de ganado, había dos polos de desarrollo agrícola. En primer lugar, el cultivo de cereales sustituyó al ganado en la franja que se extiende desde el norte de la provincia de Buenos Aires hasta la región central de la provincia de Córdoba. En segundo lugar, las plantaciones de caña de azúcar se extendían por Tucumán. El cultivo de cereales y de la caña de azúcar requería mucha mano de obra, especialmente en la época de recolección, y atraía peones rurales de varias provincias adyacentes. Los flujos migratorios variaron a lo largo del tiempo, pero dos de ellos fueron constantes: desde las provincias del territorio de Mesopotamia hacia el sur hasta las estancias de Santa Fe y Buenos Aires, y desde las provincias del noroeste hacia Tucumán. Durante el período 1895-1914, en el cual 1.954.000 inmigrantes extranjeros entraron en el país, las migraciones interprovinciales netas solas, sin contar el movimiento dentro de las provincias, se cifraron en 342.000.¹⁷

En Argentina ya se había instituido un mercado de trabajo abierto. La gente se movía espontáneamente cuando el desarrollo desigual de regiones próximas entre sí producía grandes contrastes de oportunidades. A veces, sin embargo, los trabajadores se resistían a entrar en el mercado. Incluso en el noroeste de Argentina había casos conocidos de contratación obligatoria de trabajadores para la recolección de la caña. En los Andes, México y América Central, la coerción no era infrecuente. Los incentivos a menudo alternaban con la coerción y la complementaban. Los indios, que predominaban en estas regiones, no siempre respondían a los incentivos monetarios, a la vez que los terratenientes insistían en mantener un bajo nivel de salarios con el fin de reducir costes. Así pues, la contratación por medio de agentes era un procedimiento común, como lo era también la remisión de deudas por el trabajo con el fin de conservar trabajadores. La política de gobiernos liberales en virtud de la cual tierras en poder de comunidades, así como tierras públicas, pasaban a ser de propiedad privada contribuyó a arrancar a trabajadores rurales de sus pueblos. Fue una política de este tipo la que abrió las tierras costeras de El Salvador, Guatemala y Chiapas, en México, al cultivo del café, y el norte de Perú, al de la caña de azúcar. Con frecuencia, la migración que respondía a esta clase de incentivos era sencillamente estacional. No obstante, en el movimiento general de idas y venidas, a veces los trabajadores optaban por establecerse en la hacienda o plantación, o en algún poblado cercano, y, por consiguiente, la población de la zona aumentaba.

Si el crecimiento demográfico coincidía con el bloqueo del acceso a la tierra por parte de los terratenientes, entonces prácticamente no quedaba más solución que emigrar. Cuando la agricultura entró en una fase capitalista nueva en el valle central de Chile, los propietarios de fundos se mostraron más reacios que antes a arrendar parcelas de tierra, mientras que, al mismo tiempo, el crecimiento demográfico sobrepasaba la demanda de mano de obra. A resultas de ello, la población rural excedente se vio obligada a buscar trabajo en otra parte. La minería en el Norte Grande absorbió unos 150.000 inmigrantes entre 1885 y 1915. La frontera del sur y, más allá de ella, la Patagonia ofrecían una segunda ruta de escape. Sin embargo, ninguna de las dos era suficiente. Había una nutridísima población flotante que iba de lugar en lugar y de empleo en empleo. Durante algún tiempo, la construcción de ferrocarriles brindó trabajo compatible con el tipo de actividad en sus

¹⁷ Zulma L. Recchini de Lattes y Alfredo E. Lattes, *Migraciones en la Argentina*, Buenos Aires, 1969, p. 131.

pueblos o fundos. En la temporada de la recolección, el trabajo en los ferrocarriles en efecto se interrumpía. La masa de personas desplazadas terminó por último en las ciudades; las mujeres, en especial, encontraron allí trabajo en el servicio doméstico.

En las tierras altas del centro de Costa Rica, las pequeñas plantaciones de café empezaron a caer en manos de grandes empresas durante este período. Muchos terratenientes perdieron, pues, sus medios de vida independientes. Algunos optaron por hacerse colonos y otros probaron suerte en otras ocupaciones. Se trasladaron a Alajuela y Guanacaste, en el noroeste, y a Punta Arenas, en el sur, en vez de a la costa atlántica, donde estaban situadas las plantaciones de plátanos. El resultado de su iniciativa fue que el café y otros productos comerciales se propagaron a estas regiones.

En Uruguay, el campo tampoco pudo absorber el exceso de población debido a la naturaleza de su principal actividad económica: la ganadería en gran escala. Aunque en Uruguay se cultivaban cereales como en Argentina, era sólo en la costa, a lo largo del estuario del Río de la Plata. El interior seguía siendo esencialmente pecuario. Para el cuidado de vacas y ovejas se necesitaban pocos brazos. Debido a ello, la gente se iba a los pequeños centros urbanos que se estaban multiplicando y ensanchando, dedicados a servir a la economía pecuaria.

Estas poblaciones, que eran en parte rurales y en parte urbanas debido a la función que cumplían, también se propagaron en la zona ganadera de Argentina. En las pampas, aumentó el número de aglomeraciones que tenían entre 2.000 y 10.000 habitantes, que de 27 en 1869 pasaron a ser 225 en 1914, y en la totalidad del país, de 48 a 283. El total de habitantes de estas poblaciones pequeñas aumentó de 197.000 a 1.160.000, incremento del 4 por 100 anual, lo cual superaba la tasa de crecimiento demográfico del país entero (3,4 por 100 anual) en el mismo período. Contrastando con ello, en 1900 había en México 395 poblaciones de entre 2.500 y 5.000 habitantes y 121 de entre 5.000 y 10.000, con una población total de 2.164.000. Diez años después, su número era casi el mismo y su población había descendido hasta 2.132.000. En 1930, había 388 poblaciones en la primera categoría y 136 en la segunda, sólo unas pocas más que en 1900, mientras su población se mantuvo en los 2.138.000 de habitantes, esto es, 26.000 menos que en 1900. La estabilidad de estos centros urbanos cabe atribuirlos al fracaso de la política agraria del porfiriato, a la retención de trabajadores rurales en la tierra como resultado de la Revolución y a la existencia de una alternativa viable, a saber: la migración.

En toda América Latina las poblaciones y ciudades grandes registraron una expansión todavía más rápida que las pequeñas, tanto en números absolutos como en forma de porcentaje de la población total. En algunos países, como hemos visto, su crecimiento fue alimentado por la afluencia constante de inmigrantes procedentes de Europa y, en todas partes, por migrantes internos procedentes del campo y de las poblaciones pequeñas.¹⁸

Conclusión

Los rasgos sobresalientes de la población latinoamericana durante del período 1850-1930 fueron su importante crecimiento, superior al de cualquier otra región del mundo de entonces, exceptuando los Estados Unidos, y su alto grado de movilidad física. Al mismo tiempo, sus pautas de vida experimentaron sólo cambios ligeros.

En lo que se refiere a las pautas de natalidad y mortalidad, diríase que América Latina atravesaba la última etapa de un régimen demográfico de tipo antiguo. Las puntas de mortalidad se hallaban condenadas a desaparecer, si bien la tasa de mortalidad seguía siendo alta. La tasa de natalidad continuó siendo igualmente elevada o, incluso, creció. En algunas regiones, ambas menguaron no obstante, anticipándose a la futura transición demográfica. Esta transformación comenzó en zonas de población relativamente escasa como el Río de la Plata y, sobre todo, en las ciudades. No debe olvidarse, empero, que

¹⁸ Sobre el crecimiento de las ciudades latinoamericanas en este período, véase Escobe, *HALC*, VII, capítulo 7.

América Latina era a la sazón mayormente rural. Cualquiera que fuese su significación última, estos cambios eran modestos y locales. Una prueba más de que las pautas demográficas seguían siendo bastante tradicionales es el hecho de que la población latinoamericana era bastante joven. La pirámide de las edades era amplia en la base y se estrechaba considerablemente en la cúspide. Los ancianos eran pocos en número.

Dentro de esta sociedad bastante estable en términos demográficos hubo bastante movilidad demográfica. Europeos, asiáticos y naturales de las Indias Occidentales británicas entraban en calidad de inmigrantes y, dondequiera se afincasen, contribuían al incremento de la población. Una importante redistribución de gente tuvo también lugar dentro de la región, por encima incluso de las fronteras políticas. El avance hacia la frontera se reanudó. Éste había permanecido parado durante un siglo, desde las postrimerías del período colonial. En algunas zonas del litoral atlántico, este avance significó la reocupación de tierras que habían estado despobladas desde el siglo XVI. La preferencia se dio por las zonas que prosperaron gracias al comercio internacional. Finalmente, la población urbana aumentó con mayor rapidez que la población en su conjunto. Con respecto a la migración dentro de América Latina, también podría decirse que, en términos generales, la población bajó de la sierra a la costa. Las tierras altas dejaron de ofrecer la ventaja de antes. El movimiento de población fue también centrifugo, desde el corazón de los Andes y el centro de México hacia los extremos norte y sur del continente y, sobre todo, hacia el litoral oriental, donde se situaban las regiones de economía más dinámica y las ciudades más prósperas. Esta redistribución de la población no sólo facilitó el crecimiento económico, sino que también reforzó la estabilidad social al aliviar la presión demográfica y evitar con ello las catástrofes consiguientes.